

le repugnaba; pero todo lo sufría con dulce paciencia por hacer la voluntad de Dios, que es en lo que consiste la verdadera virtud. Pues no consiste ésta en hacerse superior á las penas y fatigas de la vida purgativa, ni tampoco á las alegrías y dulzuras de la vida unitiva, sino en la preferencia que se da, sobre todas esas cosas, á la austera práctica del deber, porque el deber es la ley misma de Dios. No es, pues, la virtud estoica de los antiguos filósofos, que desde lo alto de su indiferencia afectada decían al dolor: *¡Tú no eres más que una palabra!* La verdadera virtud reconoce que el dolor es un mal, lucha contra él, siente repugnancias mortales; pero le sufre con resignación cristiana, y se somete resignado y gozoso, diciendo: *Hágase la voluntad de Dios. Hágasè ¡oh Dios mío! no lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis. No mi voluntad, sino la vuestra. Non mea voluntas, sed tua fiat.*



## CAPÍTULO VIII

**Cualidades infusas del Beato Vianney.—Su intuición.—Su presciencia.—Sus dones.**

**L**AS divinas luces infusas que el Párroco de Ars recibía, tenían ordinariamente por objeto la dirección de las almas, que era su ministerio principal.

Llegó á Lyon cierta joven de Saboya para asistir á la ceremonia de la toma de hábito de una hermana que entraba en la Trapa: antes de volver á su país, fué á Ars con el fin de consultar al santo Párroco sobre el grave negocio de su vocación, pues hacía ya algunos años que pensaba ser religiosa. Entró en la iglesia precisamente cuando se hacía el ejercicio de la tarde: bajaba el santo Párroco del púlpito, y al pasar por entre un grupo de peregrinos, la distingue en medio de la multitud, la llama, y la dice: «Mañana os hablaré, hija mía: tengo algo que deciros.» Creyendo esta señorita que el siervo de Dios se habría equivocado, no se fijó en lo que había dicho. Al día siguiente por la mañana entró en la iglesia, sin acordarse de lo ocurrido el día anterior á la hora del Ca-



tecismo. Fijó en ella entonces su mirada el venerable Párroco, la llamó con una seña, y, conducida al confesionario, entró en materia con estas notables palabras:

«Mucho tiempo hace, hija mía, que deseáis ser religiosa, ¿no es verdad?»

— «¿Y cómo sabéis eso, padre mío, si yo no os he hablado nunca?»

— «Sé eso y algo más, hija mía: tenéis hermanas muy discretas, muy buenas, sobre todo la menor, que es un ángel.»

¡Cuál sería el asombro de esta joven al oír al santo Párroco! Lo cierto es que no pudo contener su emoción; hizo su consulta, salió bien despachada, y repetía con inefable gozo la palabra de la Samaritana: «He hallado un hombre que me ha dicho todo lo que yo era.»

Hay en el monasterio de la Visitación de Bourg muchas religiosas que, habiendo recurrido al siervo de Dios, han obtenido gracias señaladas, en las cuales se revela de una manera clara y patente el maravilloso dón de la presciencia. Una de ellas nos ha contado la historia de su vocación en los términos siguientes:

«Habiendo tenido siempre el presentimiento de que el Párroco de Ars me diría la época de mi muerte, jamás quise ir á consultarle: sólo pensar en él me hacía estremecer, porque la muerte ha sido durante muchos años el terror de mi alma, el espectro que se me aparecía en medio de todas mis diversiones para turbarlas, y de todas mis alegrías para acibararlas. Cuando mi corazón orgulloso fué quebrantado, y bastante humillado por un golpe de la gracia

»para merecer que Dios le hablase, oí su voz y me rendí. Entonces el claustro, que siempre me había parecido peor que la muerte, se me presentó como el único asilo donde podía esperarla en adelante y verla llegar sin temor. Tal era mi disposición de ánimo cuando resolví partir para Ars.

»Me presenté al santo Párroco con viva fe, dispuesta á recibir como un oráculo lo que me dijese. »Cuando me vi junto á él, me sentí penetrada de un terror religioso, mezclado de veneración, que me hizo olvidar lo que venía á consultar. Me arrodillé, no tanto para recibir su bendición, cuanto para reponerme, porque realmente no sabía dónde estaba. »El siervo de Dios conoció mi turbación, y me dijo: »—¿Qué queréis, hija mía?—Padre mío, vengo á consultar con vos sobre una vocación.—¿Para quién?— »Para mí, padre mío.—¡Para vos! Tomad cuatro tablas.—¡Cuatro tablas! exclamé con un sentimiento de asombro imposible de describir.—Si, cuatro tablas.—Padre mío, no os comprendo.—Y verdaderamente no me hallaba en estado de comprender; la tierra parecía huir bajo mis pies, y todo daba vueltas alrededor. El santo Párroco me parecía en este momento un ser sobrehumano. Hubiera querido poder apoyarme en cualquiera cosa, porque me desvanecía. Él continuó diciéndome:—¿Conque no me comprendéis? Pues bien; suponed que tenéis ya tres tablas y que tomáis otra, la cuarta, para cubriros: ¿comprendéis ahora?—Yo lancé un grito... Mi espectro familiar, la muerte, estaba junto á mí. Conservando el tono grave y casi severo con que hasta entonces me había hablado, añadió: ¿Tenéis miedo á la muerte?—Luego, dulcificando su voz y su as-



»pecto, continuó: La muerte ¡oh hija mía! la muerte  
 »es la unión del alma con Dios.—Pero yo quiero, le  
 »respondi, morir en el claustro.—¿Y dónde? ¿En la  
 »Visitación? ¡Ah, hija mía! Sí, es una excelente vida:  
 »muy cerca de aquí hay un monasterio que os espe-  
 »ra. Id, pues, hija mía: allí estaréis bien, seréis feliz.

»¿Quién había dicho al santo Párroco que yo pen-  
 »saba retirarme á la Visitación, en donde había he-  
 »cho dos veces ejercicios espirituales? Lo más extra-  
 »ño de todo es que salí tranquila, aunque me habló  
 »de la muerte, que era precisamente lo que yo más  
 »temía.

»Por lo demás, ya sabéis, padre mío, cómo he lle-  
 »gado á ser religiosa: ahora sólo me resta morir,  
 »para que todo se cumpla. ¡Pluguiese á Dios que,  
 »antes de esta muerte corporal, muera yo tan ente-  
 »ramente á mí misma, que sólo viva en Dios y para  
 »Dios! Entonces podrá realizarse el sueño de toda mi  
 »vida: morir feliz.»

A la benevolencia de la Rda. Madre Superiora del  
 monasterio de la Visitación de Bourg debemos las in-  
 teresantes comunicaciones siguientes:

«Una de nuestras Hermanas había ido á consultar  
 »al Párroco de Ars sobre su vocación. Antes de resol-  
 »ver nada, la preguntó el hombre de Dios si su fami-  
 »lia aprobaba el que entrase en religión; nuestra  
 »Hermana le contestó que tenía á su madre enferma,  
 »y le aconsejó encarecidamente que no la abando-  
 »nase.

»Preguntado además si podría mudar de domici-  
 »lio para aproximarse más á la iglesia y poder asis-  
 »tir con más frecuencia á los Divinos Oficios, el ve-  
 »nerable Párroco contestó: *No: es inútil, enteramente*

»*inútil; permaneced en vuestra casa.* No dejéis á vues-  
 »tra pobre madre, no la dejéis.

»La madre de nuestra Hermana se empeñó en al-  
 »quilar otra casa, á pesar del consejo de su hija; pero  
 »murió antes de trasladarse á ella.

»Una de nuestras Hermanas conversas fué á Ars  
 »antes de tomar el hábito, y, algunos instantes des-  
 »pués de haber entrado en la iglesia, la llamó el sier-  
 »vo de Dios, cosa que le causó tanta sorpresa como  
 »contento. Así que le expuso el objeto de su viaje, el  
 »santo Párroco la dijo con lágrimas en los ojos: Id  
 »pronto, hija mía: hace mucho tiempo que Dios os es-  
 »pera.—En efecto, había entrado en una casa religio-  
 »sa á la edad de quince años, y no había profesado  
 »en ella por falta de dote. Unióse á una amiga cuan-  
 »do salió del convento, y se prometieron mutuamente  
 »no separarse jamás. Preocupada al día siguiente por  
 »esta promesa, de la que no había dado cuenta al se-  
 »ñor Vianney, se presentó á él segunda vez, y al ver-  
 »la, le dijo:—¿Aún no habéis partido, hija mía? No os  
 »inquietéis por vuestra edad: id á la Visitación de  
 »Bourg, decid á la Rda. Madre que os mando yo, que  
 »os reciba en el número de sus hijas: id, que os reci-  
 »birá bien.—Nuestra Hermana le dió cuenta del  
 »compromiso que tenía con su amiga, y la dijo:—¿No  
 »es más que eso, hija mía? No os turbéis. Durante  
 »ocho días aún, vuestra amiga deberá cuidar de su  
 »hermano enfermo; entonces iréis al convento, y todo  
 »se arreglará. En efecto, las cosas se arreglaron como  
 »había anunciado el Párroco de Ars.

»Sor Maria Victoria, fundadora de una *Providen-*  
 »*cia* de niñas, se hallaba en Ars con dos compañeras  
 »al principio de su fundación. Disponíanse las tres



»para oír Misa, cuando se les aproxima el santo Párroco, y las dice:—Es necesario que marchéis inmediatamente.—Pero, señor Párroco, le responde Sor María Victoria, oiremos antes Misa.—No, hija mía: partid en seguida, porque una de vosotras va á enfermarse, y, si os detenéis, faltará tiempo para llegar á casa.—En efecto, una de las tres viajeras, Sor María Francisca, se puso tan mala cerca de su casa, que tuvieron que llevarla en brazos las compañeras.»

Esas mismas hermanas, al salir de Ars en otra ocasión, se vieron sorprendidas por el señor Párroco, que las obligaba á tomar una suma de dinero para el viaje. Le dijeron que nada necesitaban, y que estaban bien provistas de todo.—*Tomad esta pequeña suma, que os ha de hacer falta.* La aceptaron; pero ¡cuál sería su sorpresa cuando, al llegar á Villafranca, se hallaron sin su bolsillo! El único recurso que les quedaba era el dinero que les había dado el Párroco de Ars.

Nos ha contado el Sr. Foccanier que, en el viaje que hizo á Hyères en 1860, le reconoció un Vicario en la sacristía, y le preguntó si recordaba haberle visto en Ars con cierto joven, hijo de un rico piadoso del país. «Cuando el santo Párroco, añadía, vió á dicho joven por primera vez, le dijo sonriendo:—Amigo mío, ¿conque queréis ser capuchino?» ¡Cuál sería la sorpresa del joven, á quien perseguía esa idea desde algunos años, pero que no la había revelado ni á su confesor! El joven M. de L. es hoy, efectivamente, capuchino en Marsella.

Cierto notario tenía tres hijas: una era religiosa, y la más joven deseaba serlo. Este nuevo sacrificio

era muy penoso al pobre padre. Después de muchos combates resolvió ir á Ars para consultar con el santo Párroco, y obrar según sus consejos. Se presentó á él en compañía de las dos hijas, y al verlas se recogió un instante y, dirigiéndose á la mayor, le dijo: «Señorita, debéis casaros, y ser el apoyo y consuelo de vuestro padre.» Y luego dijo á la más joven: «Vos, señorita, debéis ser religiosa.» Y viendo al padre con lágrimas en los ojos, añadió: «Vos, señor, debéis aceptar con resignación vuestra cruz: si la lleváis animosamente, os conducirá al Cielo.»

El fundador de una Comunidad fué á Ars para recomendar su obra naciente á las oraciones del santo Párroco: Viéndole éste entrar en la iglesia, le saludó por su nombre, y le preguntó por los adelantos de su obra con detalles tan minuciosos, que el fundador le interrogó á la vez cómo le conocía, siendo la primera vez que tenía el honor de verle. El siervo de Dios le contestó: «Las almas que sirven á Dios, se conocen en todas partes.»

Había llegado á Ars una joven para hacer ejercicios espirituales. Viéndola el señor Párroco en el vestíbulo de la iglesia cierta mañana muy temprano, se aproximó á ella, y le dijo: «Marchad inmediatamente, hija mía, que hacéis falta en vuestra casa.» Como la joven había comenzado su confesión con uno de los Misioneros, fué á consultar con él lo que debía hacer, refiriéndole las palabras del siervo de Dios; y nuestro compañero le aconsejó que partiese en seguida. Algunos días después escribió esta pobre joven á su confesor, diciéndole que una hermana, á quien había dejado buena, había muerto próximamente á la misma hora en que el santo Párroco la dijo: «Partid inme-



«diatamente, que hacéis falta en vuestra familia.»

Las carmelitas de Amiens encargaron á cierta señora, que fué á Ars en peregrinación, que recomen- dase á las oraciones del señor Párroco una de sus Ma- dres, ya muy anciana, y que estaba en peligro de per- der la vista. Cumplió su encargo la señora, y el sier- vo de Dios contestó lo siguiente: «No, estad tranqui- »la: la Madre conservará un poco de vista hasta el fin »de su vida.» La buena Madre tuvo fe en la predic- ción del Párroco, que se cumplió á la letra, conser- vando su vista hasta el fin de la vida, que fué larga, pues murió á la edad de noventa años.

Una Madre del convento de Santa Clotilde, en París, tenía un pariente en el ejército de Crimea: co- nociendo el peligro en que estaba, le recomendó á las oraciones del santo Párroco, y á la vez se interesó á favor de una religiosa de la casa, que estaba enfer- ma. La contestación que recibió fué la siguiente: «El »militar volverá con felicidad de la guerra; la reli- »giosa será más útil á su Comunidad en el Cielo que »en la tierra.»

El militar volvió, en efecto, sin lesión alguna de la guerra, y la joven religiosa murió en el mismo mes que se dió la anterior respuesta.

Durante la guerra de Italia, muchas madres de toda clase, estado y condición iban á Ars para pre- guntar al santo Párroco sobre la suerte de sus hijos, esposos y hermanos. Recordamos con este motivo una señora, que se estremecía pensando en el peligro de su marido. «¿Qué decimos á esta señora desconsolada, »señor Párroco? le preguntó un caballero. — Contes- »tadla que nada tiene que temer: va á hacerse la »paz.» Era esto el 25 de Junio, y la paz de Villafran-

ca se firmó algunos días después. Durante esta guerra sangrienta, una madre desolada preguntó al siervo de Dios si tendría la dicha de volver á ver á su hijo, y le contestó: «Estad tranquila: os aseguro que le vol- veréis á ver.»

Estas luces infusas no deben parecer extrañas en la vida del Párroco de Ars, pues es indudable que Dios, como enseña Benedicto XIV, habla familiar- mente á sus amigos, y acostumbra á colmar de esa clase de favores á los que destina á grandes obras para bien de su Iglesia. De la santa vida del Beato Vianney, éste es el lado que nos es menos conocido. Su profunda humildad le hacia ocultar dicha clase de dones; y lo poco que acerca de esto sabemos, es lo que no ha podido ocultar á los que ordinariamente le acompañaban.

El Párroco de Ars había recibido del Cielo el dón de lágrimas, de esas lágrimas santas y refrigerantes que revelan en el corazón la presencia de un tesoro de gracias y consuelos divinos. Esa sangre del alma, como la llama San Agustín, corría naturalmente de sus ojos. Era una oración muda, una tierna y silen- ciosa ofrenda que le asociaba á todos los dolores y méritos de Jesús, y con esas lágrimas lavaba los pe- cados de todos los que se arrodillaban á sus pies. Esas benditas lágrimas eran continuas al fin de su vida.

En cuanto á las revelaciones, visiones y otras gra- cias extraordinarias y sensibles, con que Dios le ha favorecido, he aquí lo que una persona respetable, íntimo amigo del santo Párroco, nos confió al día si- guiente de su muerte: «El 3 de Mayo de 1859, en una »breve entrevista que tuve con el santo Párroco, le



»hablé de la preferencia y predilección mía hacia las  
»obras emprendidas por la salvación de las almas, y  
»de la oposición que parecía hacerme con este mo-  
»tivo.

»Para aprobar mis trabajos y alentarme en ellos,  
»me hizo la confianza siguiente: «Deseaba yo—me  
»dijo—conocer la voluntad de Dios sobre los trabajos  
»á que me consagro, porque este particular me in-  
»quietaba un poco. Se me apareció, pues, Santa Filo-  
»mena; bajó del Cielo bella, luminosa, rodeada de  
»una nube blanca, y me dijo: *Tus obras son buenas,*  
»*porque nada hay más precioso que la salvación de las*  
»*almas.*»

Mientras me hablaba de esta visión, estaba de pie  
junto á la chimenea, con los ojos levantados al Cielo,  
y su rostro, transfigurado con el recuerdo de la visión,  
parecía el de un extático.

El presbítero Foccanier nos ha dicho que el señor  
Párroco le manifestó con gran sencillez que Nuestro  
Señor le había dado signos prodigiosos para que com-  
prendiera cuán agradable le era su ministerio. Que en  
aquella noche se le había aparecido una persona que  
estaba de pie á su lado y le hablaba dulcemente, aña-  
diendo, por fin, que no era el diablo, ó el *gra-  
pin*, como él decía, porque la voz de éste era des-  
agradable.

Otro día nos favoreció el señor Vianney con la  
confianza siguiente:

«Hará dos meses, poco más ó menos, no pudiendo  
»dormir, me senté en la cama: lloraba mis pecados, y  
»súbitamente oí una dulce voz que murmuraba á mi  
»oído este cántico de esperanza: *In te, Domine, spe-  
»ravi, non confundar in æternum.* Esto me alentó un

»poco; mas como mi turbación no había desaparecido  
»aún, la misma voz repitió con mayor claridad: *In te,*  
»*Domine, speravi.*—Esta vez, ¿no era el *grapin* quien  
»os hablaba ese lenguaje?—Me parece que no.—¿Ha-  
»béis visto alguna cosa?—No, amigo mío.—¿Tal vez  
»sería vuestro ángel custodio?—No lo sé.»

